

DUTCH MEDIEVAL PRO PRINT TEST (8/10). BENITO PÉREZ GALDÓS. LA REVOLUCIÓN DE JULIO.

TYPE DESIGN BY HANS VAN MAANEN & CANADA TYPE.

FÁCILMENTE ADAPTO AL ALMA Y A LOS PENSAMIENTOS DE MERINO, en los últimos años de su vida lo que piensa y dice Juvenal en esta admirable Sátira: la turbación de las ideas en Roma, tan semejante a la turbación nuestra; la indiferencia del pueblo a las cosas públicas en cuanto se ha enterado de que la política es oficio de unos pocos; la degradante cobardía de los que pisotean el cadáver del favorito de Tiberio para que no les acusen de haber sido amigos suyos; la ingratitud de la opinión con los grandes hombres; el triunfo de los osados y perversos; la tristeza de la vida, y la vanidad de todas las cosas. Encuentro muy lógico que el elocuente pesimismo de Juvenal se infiltrara en el espíritu de Merino, dispuesto por sus melancolías y desgracias a ser el vaso más propio de tantas amarguras... La voz y el ritmo del poeta latino inspiró sin duda al enemigo de nuestra Reina su ansia de morir, y de morir públicamente, entre el escarnio de la plebe y las iras de los poderosos, ostentando ante todo el Universo una gallarda postura de muerte.

En otras predilecciones literarias del humanista criminal, no difiere su gusto del mío. También prefiero entre los poemas bíblicos el de Job y de él conservo en mi memoria algunos pasajes, de sublime grandeza. Y cuando yo, estudiante en la Sapienza y en San Apolinar, me ejercitaba en el análisis exegético y retórico de los Evangelistas, San Mateo me cautivaba más que los otros por su evidente cultura, y delicado arte. En todo lo clásico estábamos conformes el regicida y yo, y si el regicidio me parece una atrocidad, más que a perversión moral lo atribuyo al empuje de las ideas negativas en un cerebro donde han perdido las afirmativas toda su resistencia. Desprecio de la vida, querencia de la muerte: ésta es la clave. El morir es bueno, aun para los tiranos; el vivir es malo, aun para los oprimidos.

LO QUE EL JOVEN ESTEVE Y OTROS TESTIGOS PRESENCIALES CONTABAN DE LA RECONCILIACIÓN DE MERINO CON LA IGLESIA, horas antes de subir al cadalso, no altera mis ideas acerca de su estoicismo, sino más bien las confirma. Quiso ser entero hasta el fin, y afianzarse en la calidad y nombre de cristiano, como el que se sube a la mayor altura para despeñarse con más admiración y sorpresa de los que contemplan su caída. **Una vez cumplido aquel deber elemental, pudo Merino permitirse desdeñosas burlas de los que le llevaban al suplicio en tren de mascarada de la Muerte, con ropa de autos de fe y gemidos de una multitud enconada, aunque al fin compasiva.** Parte de esta horrible procesión patibularia pude yo ver, valiéndome de cierto casuismo para quebrantar las saludables órdenes de mi buena María Ignacia. «Pepe mío, te suplico, te mando que no vayas a la ejecución». Así lo prometí.

Pero al renunciar al espectáculo de la ejecución, pensé que a la obediencia no faltaría observando si se confirmaban o no las inquietudes de Melchor Ordóñez. Con ánimo de ver si el pueblo nos daba una interpretación trágica de su decantada soberanía, me fui hacia Santa Bárbara, y cuando me escabullía entre la multitud, atento a las voces y pensamientos de hombres y mujeres, tropecé con un alguacil, José Risueño, que me tiene ley, porque yo le conseguí la plaza, siendo Gobernador don José Zaragoza. Creyendo Risueño que la mejor prueba que de su gratitud podía darme en aquella ocasión era introducirme en la lúgubre casa, me dijo, asimilando su rostro a su apellido: «Venga, don José, y podrá ver con toda comodidad al cura cuando salga al patio». ***¿Cómo resistir a esta tentación? Entré con mi protegido Risueño, y vi a Merino a punto que montaba en el burro. La hopa amarilla le daba un aspecto aterrador. Cuando le ataban los pies por debajo de la cincha, dijo en tono agresivo: «¡Eh, brutos, que me lastimáis! ¡Creéis que me voy a caer? Traedme un caballo y veréis si soy buen jinete». Cuando el asno daba los primeros pasos, miró don Martín al verdugo y al pregonero que iban a su lado, y con flemático gracejo les dijo: «Buen par de acólitos me he echado»; y volviendo el rostro, se despidió con este familiar laconismo: «Abur, señores, abur».***

Vi la oscilación del pueblo, y oí su inmenso clamor de curiosidad satisfecha, el goce del horror gustado en visión teatral y objetiva. No advertí nada que indicase movimiento sedicioso para arrebatar a la Justicia su presa. Más que pueblo, me pareció público aquel mar ondulante de cabezas espantadas, de ojos ávidos del menor detalle, de alientos contenidos, de bocas abiertas sin ninguna sonrisa. En miles y miles de pensamientos humanos brotaba en tal instante la idea de que el pescuezo de aquel hombre vivo, amortajado de amarillo, iba a ser muy pronto triturado dentro de un cepo de hierro, y esta idea ponía en todos los rostros una gravedad y palidez de rostros enfermizos. Decidido a no seguir la pavorosa procesión, me escabullí por la Ronda con ánimo de tomarle las vueltas al gentío, para observar su actitud. De lejos vi que el paso del reo iba levantando la exclamación trágica, y que ésta le seguía por una y otra banda, como siguen las nubes de polvo al torbellino de viento que las eleva.

No vi más al condenado: de lejos distinguí un punto amarillo que se perdía entre bayonetas y sobre la movable crestería de las muchedumbres. Contáronme aquella misma tarde que, en todo el camino, don Martín no dejó de guasearse de la Justicia, del verdugo, de los clérigos asistentes y de los respetables Hermanos de la Paz y Caridad.

DUTCH MEDLEVAL PRO PRINT TEST (9/11). ANNA LOUISA GEERTRUIDA BOSBOOM-TOUSSAINT. LORD EDWARD GLENHOUSE.
TYPE DESIGN BY HANS VAN MAANEN & CANADA TYPE.

DE SCHITTERENDE VROUW! DAAR HADDEN SCHILFERN EN DE LORD EN DE JONGE NAPOLITANEN, van wie hij sprak, wel recht toe, om de Marchesa Horatia di Zoni zoo te noemen. Inderdaad, men moest haar zien in het midden van die cirkels, waarvan zij de ziel en de zon was, met die oogen van vlammen en tranen, vol vuur en gevoel; met die spranken van vernuft en uitbundige vroolijkheid en onafgebroken scherts, welke zij om zich heen wierp, kwistig en lichtzinnig, als kostte haar eene geestigheid niets meer, dan de moeite, om haar weg te werpen, als had zij daar binnen in zich eene onuitputtelijke bron van altijd frisch vernuft; men moest haar zien dansen, zien rondtuimelen in den arm van haren danser, met een weggeven, met een vergeten van zich zelve, dat elk aanschouwend oog in een benijdend verkeerde, en toch weder met eene bevallige kieschheid, die zoozeer het midden hield tusschen preutsche terughouding en losbandigheid, dat men niet wist, wat het meest te bewonderen viel, haar juist kennen van die grenzen, of haren tact in het niet overschrijden; maar boven alles, men moest baar zien paardrijden.

HET IS NIET ALLE VROUWEN GERADEN PAARD TE RIJDEN. Daar zijn er maar weinigen, wier gestalte slank genoeg is, en tevens rijk en welig genoeg van vormen, om zich gelukkig voor te doen op een paard. Slechts weinigen weten aan hare houding die juiste uitdrukking te geven, welke evenzeer verwijderd is van het onpassend mannelijke, als van te flauwe verwijfdheid; slechts weinigen hebben die behendige kracht, bij die vlugheid van beweging, dien rijzigen en toch zoo gevulden hals, welke zich met zooveel edele fierheid naar den begeleidenden cavalier heenbuigt; weinigen zelfs hebben die koele beradenheid en fiksche vastheid van geest, welke alle moeten samenloopen, om eener vrouw te doen vergeven, dat zij zich aan eene mannelijke oefening waagt: met één woord, als eene vrouw niet paardrijden kan, zooals de Marchesa Horatia het deed, als zij op haren getijgerden Engelschman aan de zijde van haren Napolitaanschen bewonderaar voortreed, dan is het haar beter geene amazone aan te trekken, en geen springend genet te bestijgen. *Aan het hoofd van een en stoet jongelieden, nu eens in stuivenden galop, dan weder in statige wandeltred, kwam zij van een tochtje naar Rivoli terug, toen de aandacht van Lord Glenhouse Villiers op haar viel. Wij zeggen dit, omdat het wel eens de laatste maal konde zijn, dat zij zich zó vertoond had in al den glans van bewondering, aanbidding en benijd geluk.* Aanbidding, want wat anders kon het zijn, dat de vlamme blikken van den jeugdigen graaf de Mancini uitdrukten, die met onverzadigd en gloed onafgebroken op de prachtige rijderes bleven rusten, en die zich slechts dán met sprekende ijverzucht op een ander voorwerp wendden, als ook andere blikken de hare zochten; en wee dien andere, en wee die vrouw, zoo hij kon gissen, dat zij elkander verstonden! **Benijd geluk! Benijd geluk! in het midden der misdaad en verloren vrouweneer! Ja! zie het op de trekken van al die vrouwen; zie het aan die glimlachjes, waarmede zij Mancini's aandacht afbedelen; zie het aan haar bewolkt voorhoofd, als deze met kiesche bezorgdheid, of met angstige nauwlettendheid, elke harer wendingen gadeslaat.** En laat ons die schoone, die bewonderde, die benijde, die gelukkige vrouw eens met onbescheidenen blik bespieden in de eenzaamheid van haar prachtig boudoir, in het négligé van lichaam en ziel, zooals Glenhouse zeggen zoude; misschien valt er iets weg van het blanketsel der vroolijkheid; misschien kunnen wij er een paar woorden lezen, welke tot de oplossing medehelpen van het groote raadsel: de vrouwelijke ziel.

Wij zullen haar sierlijk pruilkabinet niet beschrijven. Dat alles, wat wij daar vinden zullen, is reeds zoo dikwijls opgeteld; daar zijn reeds zoovele beschrijvingen gegeven, welke de armoede van opmerkingen moesten vergoeden, dat ik waarlijk met den verouderden kunstgreep niet meer voor den dag durf komen. Het verstaat zich, dat er aan de toiletbehoefden der Marchesa niets ontbrak. Daar was een schat van versierselen en kanten en gazen en lint, en kistjes en kostbare nietigheden, die de begeerlijkheid van menige vrouw konden aantrekken. DE MARCHESA zat voor hare psyché weggezonden in de weeke kussens van hare causeuse; maar zij zat er in eene houding, die zooveel lusteloosheid teekende, zoo weinig opgewektheid tot de groote bezigheid van het toilet, zooveel onverschilligheid voor haar uiterlijk, dat de minst scherpzichtige het haar had kunnen aanzien, hoe zij de cameriste verdrietig had weggezonden, *en hoe zij in zonderlinge verslagenheid het uur vergat, waarop men op de Corso met pijnlijk verlangen naar haar uitgaat. En toch was dat late voormiddaguur reeds bijna daar!*

DUTCH MEDIEVAL PRO PRINT TEST (10/12). ALEXANDRE DUMAS. LES MISÉRABLES.

TYPE DESIGN BY HANS VAN MAANEN & CANADA TYPE.

RUE BOUCHERAT, RUE DE NORMANDIE ET RUE DE SAINTONGE, il existe encore quelques anciens habitants qui ont gardé le souvenir d'un bonhomme appelé M. Gillenormand, et qui en parlent avec complaisance. Ce bonhomme était vieux quand ils étaient jeunes. Cette silhouette, pour ceux qui regardent mélancoliquement ce vague fourmillement d'ombres qu'on nomme le passé, n'a pas encore tout à fait disparu du labyrinthe des rues voisines du Temple auxquelles, sous Louis XIV, on a attaché les noms de toutes les provinces de France, absolument comme on a donné de nos jours aux rues du nouveau quartier Tivoli les noms de toutes les capitales d'Europe; progression, soit dit en passant, où est visible le progrès.

M. GILLENORMAND, LEQUEL ÉTAIT ON NE PEUT PLUS VIVANT EN 1831, était un de ces hommes devenus curieux à voir uniquement à cause qu'ils ont longtemps vécu, et qui sont étranges parce qu'ils ont jadis ressemblé à tout le monde et que maintenant ils ne ressemblent plus à personne. *C'était un vieillard particulier, et bien véritablement l'homme d'un autre âge, le vrai bourgeois complet et un peu hautain du dix-huitième siècle, portant sa bonne vieille bourgeoisie de l'air dont les marquis portaient leur marquisat.* Il avait dépassé quatrevingt-dix ans, marchait droit, parlait haut, voyait clair, buvait sec, mangeait, dormait et ronflait. Il avait ses trente-deux dents. Il ne mettait de lunettes que pour lire. Il était d'humeur amoureuse, mais disait que depuis une dizaine d'années il avait décidément et tout à fait renoncé aux femmes. Il ne pouvait plus plaire, disait-il; il n'ajoutait pas: Je suis trop vieux, mais: **Je suis trop pauvre.** Il disait: Si je n'étais pas ruiné... héé! Il ne lui restait en effet qu'un revenu d'environ quinze mille livres. Son rêve était de faire un héritage et d'avoir cent mille francs de rente pour avoir des maîtresses. ***Il n'appartenait point, comme on voit, à cette variété malingre d'octogénaires qui, comme M. de Voltaire, ont été mourants toute leur vie; ce n'était pas une longévité de pot fêlé; ce vieillard gaillard s'était toujours bien porté.***

Il était superficiel, rapide, aisément courroucé. Il entraînait en tempête à tout propos, le plus souvent à contresens du vrai. Quand on le contredisait, il levait la canne; il battait les gens, comme au grand siècle. Il avait une fille de cinquante ans passés, non mariée, qu'il rossait très fort quand il se mettait en colère, et qu'il eût volontiers fouettée. Elle lui faisait l'effet d'avoir huit ans. Il souffletait énergiquement ses domestiques et disait: Ah! Carogne! Un de ses jurons était: Par la pantoufliche de la pantoufliche! Il avait des tranquillités singulières; il se faisait raser tous les jours par un barbier qui avait été fou, et qui le détestait, étant jaloux de M. GILLENORMAND à cause de sa femme, jolie barbière coquette. M. GILLENORMAND admirait son propre discernement en toute chose, et se déclarait très sagace; voici un de ses mots: «J'ai, en vérité, quelque pénétration; je suis de force à dire, quand une puce me pique, de quelle femme elle me vient.» Les mots qu'il prononçait le plus souvent, c'était l'homme sensible et la nature. Il ne donnait pas à ce dernier mot la grande acception que notre époque lui a rendue. Mais il le faisait entrer à sa façon dans ses petites satires du coin du feu: La nature, disait-il, pour que la civilisation ait un peu de tout, lui donne jusqu'à des spécimens de barbarie amusante. *L'Europe a des échantillons de l'Asie et de l'Afrique, en petit format. Le chat est un tigre de salon, le lézard est un crocodile de poche. Les danseuses de l'Opéra sont des sauvagesses roses. Elles ne mangent pas les hommes, elles les grugent. Ou bien, les magiciennes! elles les changent en huîtres, et les avalent. Les caraïbes ne laissent que les os, elles ne laissent que l'écaille. Telles sont nos mœurs. Nous ne dévorons pas, nous rongeons; nous n'exterminons pas, nous griffons.*****

DUTCH MEDIEVAL PRO PRINT TEST (II/13). JAMES FENIMOORE COOPER. THE LAST OF THE MOHICANS.
TYPE DESIGN BY HANS VAN MAANEN & CANADA TYPE.

IT WAS A FEATURE PECULIAR TO THE COLONIAL WARS OF NORTH AMERICA, that the toils and dangers of the wilderness were to be encountered before the adverse hosts could meet. A wide and apparently an impervious boundary of forests severed the possessions of the hostile provinces of France and England. *The hardy colonist, and the trained European who fought at his side, frequently expended months in struggling against the rapids of the streams, or in effecting the rugged passes of the mountains, in quest of an opportunity to exhibit their courage in a more martial conflict.* But, emulating the patience and self-denial of the practiced native warriors, they learned to overcome every difficulty; **and it would seem that, in time, there was no recess of the woods so dark, nor any secret place so lovely, that it might claim exemption from the inroads of those who had pledged their blood to satiate their vengeance, or to uphold the cold and selfish policy of the distant monarchs of Europe.**

Perhaps no district throughout the wide extent of the intermediate frontiers can furnish a livelier picture of the cruelty and fierceness of the savage warfare of those periods than the country which lies between the head waters of the Hudson and the adjacent lakes.

The facilities which nature had there offered to the march of the combatants were too obvious to be neglected. The lengthened sheet of the Champlain stretched from the frontiers of Canada, deep within the borders of the neighboring province of New York, forming a natural passage across half the distance that the French were compelled to master in order to strike their enemies. Near its southern termination, it received the contributions of another lake, whose waters were so limpid as to have been exclusively selected by the Jesuit missionaries to perform the typical purification of baptism, and to obtain for it the title of lake “du Saint Sacrement.” The less zealous English thought they conferred a sufficient honor on its unsullied fountains, when they bestowed the name of their reigning prince, the second of the house of Hanover. *The two united to rob the untutored possessors of its wooded scenery of their native right to perpetuate its original appellation of “Horican.”*

WINDING ITS WAY AMONG COUNTLESS ISLANDS, AND IMBEDDED IN MOUNTAINS, the “holy lake” extended a dozen leagues still further to the south. With the high plain that there interposed itself to the further passage of the water, commenced a portage of as many miles, which conducted the adventurer to the banks of the Hudson, at a point where, **with the usual obstructions of the rapids, or rifts, as they were then termed in the language of the country, the river became navigable to the tide.**

While, in the pursuit of their daring plans of annoyance, the restless enterprise of the French even attempted the distant and difficult gorges of the Alleghany, it may easily be imagined that their proverbial acuteness would not overlook the natural advantages of the district we have just described. It became, emphatically, the bloody arena, in which most of the battles for the mastery of the colonies were contested. Forts were erected at the different points that commanded the facilities of the route, and were taken and retaken.

DUTCH MEDÆVAL PRO PRINT TEST (12/14). ROBERT LOUIS STEVENSON. KIDNAPPED.
TYPE DESIGN BY HANS VAN MAANEN & CANADA TYPE.

MORE THAN A WEEK WENT BY, in which the ill-luck that had hitherto pursued the Covenant upon this voyage grew yet more strongly marked. Some days she made a little way; others, she was driven actually back. At last we were beaten so far to the south that we tossed and tacked to and fro the whole of the ninth day, within sight of Cape Wrath and the wild, rocky coast on either hand of it. *There followed on that a council of the officers, and some decision which I did not rightly understand, seeing only the result: that we had made a fair wind of a foul one and were running south.* The tenth afternoon there was a falling swell and a thick, wet, white fog that hid one end of the brig from the other. All afternoon, when I went on deck, I saw men and officers listening hard over the bulwarks; “for breakers,” they said; **and though I did not so much as understand the word, I felt danger in the air, and was excited.**

MAYBE ABOUT TEN AT NIGHT, I was serving Mr. Riach and the captain at their supper, when the ship struck something with a great sound, and we heard voices singing out. My two masters leaped to their feet. “She’s struck!” said Mr. Riach. “No, sir,” said the captain. *“We’ve only run a boat down.”* And they hurried out. The captain was in the right of it. We had run down a boat in the fog, and she had parted in the midst and gone to the bottom with all her crew but one. This man (as I heard afterwards) had been sitting in the stern as a passenger, while the rest were on the benches rowing. At the moment of the blow, the stern had been thrown into the air, and the man (having his hands free, and for all he was encumbered with a frieze overcoat that came below his knees) had leaped up and caught hold of the brig’s bowsprit. **It showed he had luck and much agility and unusual strength, that he should have thus saved himself from such a pass.** And yet, when the captain brought him into the round-house, and I set eyes on him for the first time, he looked as cool as I did. He was smallish in stature, but well set and as nimble as a goat; his face was of a good open expression, but sunburnt very dark, and heavily freckled and pitted with the small-pox; his eyes were unusually light and had a kind of dancing madness in them, that was both engaging and alarming; and when he took off his great-coat, he laid a pair of fine silver-mounted pistols on the table, and I saw that he was belted with a great sword. His manners, besides, were elegant, and he pledged the captain handsomely. *Altogether I thought of him, at the first sight, that here was a man I would rather call my friend than my enemy.* The captain, too, was taking his observations, but rather of the man’s clothes than his person. And to be sure, as soon as he had taken off the great-coat, he showed forth mighty fine for the round-house of a merchant brig: having a hat with feathers, a red waistcoat, breeches of black plush, and a blue coat with silver buttons and handsome silver lace.